

CAPITULO VI.

La cuestión religiosa.—Su estado delicado.—Llegada de Monseñor Meglia, nombrado por el Papa, Nuncio Apostólico.—Es recibido oficialmente por el Archiduque.—Proyecto de éste sobre leyes de Reforma.—Discusión por la prensa.—Exposición de algunas señoras de la Capital en contra de la libertad de cultos.—Apreciaciones acerca del poder y tendencias del partido conservador.—El Concordato.—Imposibilidad de realizarlo.—El enviado pontificio se declara sin autorización para asentir á lo propuesto por Maximiliano.—Nota interesante de éste, dirigida á su Ministro Escudero y Echanove, referente á tan trascendental asunto.—Comentarios y apreciaciones de la prensa.— Aparece en la liza periodística un nuevo campeón del Imperio.—Los juaristas refugiados en Nueva York celebran el aniversario de la proclamación de la Independencia.—Carta importante del General Doblado, desmintiendo la especie vertida de su proyectada sumisión al Gobierno del Archiduque.—Desaparición de Vicario.—Apreciaciones de la *Estafeta*.—Diversos hechos de armas ocurridos en distintos lugares de la República.

Antes de continuar nuestra narración, creemos oportuno, y aun necesario, hablar con alguna extensión de la candente cuestión religiosa, que á la vez era el pasto, digamos así, de todas las conversaciones, y el punto de mira del asendereado y maltrecho partido conservador. Con el fin de zanjar esas dificultades que impedían la marcha tranquila de la administración, y anublaban hasta cierto punto el horizonte de la política, creando una situación embarazosa y llena de dificultades, el Papa mandó á México á Monseñor Meglia, con el carácter de Nuncio Apostólico; y este personaje fué recibido en la Capital por el elemento intervencionista, con señaladas muestras de satisfacción, y recibido oficialmente por Maximiliano, pronunciando en tal acto una alocución, en la que decía:

“El Soberano Pontífice que ya conoce vuestra adhesión á la Igle-

sia y vuestras benévolas intenciones, cifra en vos demasiada confianza para dudar que nuestra santa religión, que es la fuente más fecunda de la prosperidad de las naciones, así como el apoyo más sólido de los gobiernos y los tronos, sea el objeto constante de la protección de V. M. I."

Maximiliano contestó por medio de frases ambiguas el anterior discurso, diciendo entre otras cosas, "que su Gobierno católico, leal y basado sobre la verdadera libertad, no faltaría á sus deberes."

A los cuantos días de verificada la presentación del enviado del Papa, tuvo lugar una entrevista entre ambos personajes, y según aseguró la *Nueva Era*, habían transpirado algunos detalles de ese acto, demasiado significativo, en el cual el Archiduque se expresó con toda franqueza respecto de las bases generales adoptadas por él para la celebración de un Concordato entre México y la Santa Sede, siendo esas bases las siguientes:

"Primera. Tolerancia otorgada á todos los cultos no prohibidos por la ley, declarándose al mismo tiempo que el catolicismo era la religión del país.

"Segunda. Consagración definitiva y formal de la secularización de bienes eclesiásticos.

"Tercera. Dotación del clero por el Estado.

"Cuarta. Facultad al Gobierno de constituir el estado civil en los términos y la extensión que juzgase conveniente.

"Estos cuatro puntos, agregaba el periódico citado, fueron establecidos por el Emperador como otros tantos principios de que le era imposible prescindir, y cuya pronta adopción exigía imperiosamente la situación del país."

Con posterioridad se hizo circular el rumor, que los sucesos confirmaron, de que el Nuncio manifestó que carecía de instrucciones ó facultades para admitir tales bases, y que el Gobierno imperial declaró estar resuelto á erigirlas en leyes del país, por medio de decretos, sin aguardar al arreglo con la Corte de Roma.

La Sociedad, periódico que, como es sabido, representaba ideas fanáticas y ultramontanas, expresó que lamentaba ese estado de cosas, que juzgaba increíble, en atención á las buenas relaciones que dijo existían con Roma, agregando que de la buena solución que se diera á esas cuestiones dependía en mucha parte la paz de México.

Con anterioridad, y al iniciarse las trascendentales reformas que trataba de implantar el Gobierno del Archiduque, se produjo una violenta discusión por la prensa; y algunas señoras de la Capital elevaron á Maximiliano una Exposición contra la declaración de libertad de cultos, y en favor de las necesidades del clero y de las religiosas. *La Estafeta* se burló de esa pretensión, empleando para ello la sátira sangrienta y cruel que sabía usar en determinadas circunstancias como la presente, pues suponía á las peticionarias consagradas al estudio de los Padres de la Iglesia, armadas con los rayos de la Teología, y empeñadas en convertirse en colaboradoras y hasta directoras del Gobierno en el arreglo de los negocios públicos.

No era esta la primera vez que el sexo bello se prestaba á estas maquinaciones tan ajenas de su carácter y misión sobre la tierra, pues si bien recordamos, en los primeros meses de la administración de Ayutla varias señoras de la Capital representaron contra el proyectado establecimiento de la diversidad de cultos.

La prensa reaccionaria, entre la que descollaba *La Sociedad*, defendió valientemente á las signatarias del documento en cuestión, declarando que el procedimiento que se estaba empleando para desentenderse de lo pedido por aquéllas, volvía á convertir á la mujer mexicana aunque ilustrada y libre, "en el paria asiático, en el ilota griego y en el esclavo romano, nacido para practicar las labores mecánicas de la vida, mientras su señor arreglaba y perfeccionaba en el *forum* la redondez del Mundo."

El resto de esa prensa, aunque de una manera hipócrita y solapada, combatía las reformas que se trataba de implantar por el gobierno intervencionista, y no pudiendo, ó más bien, no atreviéndose á atacar de frente el proyecto consabido, asentaba, "que nada valen las leyes sin las costumbres, y en consecuencia, las innovaciones deben ser exigidas por la opinión para ser justas y pacíficas; en suma, lo que querían los partidarios del pasado, era (cosa imposible), que esas reformas proyectadas llevaran el sello de la aprobación de la Corte pontificia.

Por motivo de este disentiendo radical que había surgido principalmente en lo relativo á las bases de arreglo de la cuestión de los bienes eclesiásticos, la situación se ponía muy tirante para ese partido que pidió y trajo la Intervención; y los directores de ésta, inspi-

rándose en ideas liberales, habían dado al traste con las esperanzas reaccionarias; por tal motivo, decía el *Ilustrador del Pueblo*, de 11 de Enero:

“El nuevo régimen, ¿dará á México nuevos destinos? Esta era la pregunta que no hace un año se hacía por todas partes: el tiempo responderá á esta cuestión, contestaban los más prudentes: los ilusos partidarios del retroceso, que soñaban fantásticas visiones poéticas, decían: la restauración llegó; ¡victoria al fanatismo! Y en esto no se engañaron; se acercaba la época de la restauración, el tiempo ha comenzado á responder, la restauración llegó, pero la restauración de la Reforma. La victoria fué de la idea del siglo, del progreso, de la ilustración: el fanatismo quedó vencido. La idea del pueblo es la idea soberana, porque la soberanía de lo que impera es lo que domina, lo que existe: la de la que dominó hace 16 siglos, solamente se conserva como recuerdo histórico, como curiosidad de Museo, como puede conservarse una momia de Egipto.”

“Nosotros, decía *La Razón*, diario imperialista, sabemos cuál ha sido siempre la táctica de esos hombres (los reaccionarios mexicanos), y admiramos cuál es la que hoy emplean para desacreditar la situación presente.

“Han pintado siempre al partido liberal como una caterva insignificante de impíos y demagogos, y al partido contrario, como dueño de la opinión, de la verdad y del porvenir. Más de una vez los ha creído la Europa y se ha engañado creyéndolos. Hoy hacen tal vez lo mismo, pero la Europa no los cree ya, porque sabe que el México de hoy no es el México de antes. Esos hombres se han quedado atrás mientras ha marchado la Europa, mientras avanza sin cesar el siglo, el siglo los aplasta. Ellos allá, y sus enemigos aquí, son como los insensatos del Evangelio, *que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen.*”

Entre los pasajes más culminantes de una carta dirigida al *Siècle* de Paris, y que publicó *La Estafeta*, se leía lo siguiente:

“El desacuerdo entre el Emperador y los que le han llamado al poder, es el rasgo característico de la situación.....; la palabra de partido conservador sonaba bien de lejos á oídos monárquicos; pero de cerca es preciso reconocer que á ese partido deben atribuírsele lo menos las tres cuartas partes de las calamidades que pesan sobre México.

“Antes de haber visto las cosas de cerca, se podría creer en un partido conservador como lo ha habido en Europa, mientras que se encuentra un partido más retrógrado y más exigente que el de los ultras de 1815, en el cual no se admitiría á Mr. Veillot, sino con restricciones, y que excomulgaria al señor de Montalembert. Por el momento, el programa de este partido sería la supresión de la libertad de cultos y la restitución del clero. Por ahora podéis juzgar de lo demás.”

Maximiliano que poseía ideas liberales, comprendía bien que no era gobernando con ese partido como podía regenerar á México; pero se encontraba en esta horrible é insuperable disyuntiva; ¿cómo llamar del día á la noche, al poder, á los hombres contra los cuales se había hecho la Intervención? ¿cómo apartar brutalmente á los que habían hecho el Imperio? Esa era, á no dudar, la dificultad de la situación que Maximiliano creía salvar rodeándose del partido moderado, del partido del *statu quo*, tan lleno de nulidades, de escrúpulos y de miserias, y tan apegado al pasado con su risible é inaceptable fórmula del *no es tiempo*, tan funesta para la marcha del progreso en los pueblos cultos.

Siguiendo esta táctica, se trajo al poder á Don José Fernando Ramírez, persona de un color de rosa, apacible, pero que no obstante eso, no merecía ni la confianza ni la simpatía de los clericales; razón por la que, el autor de la correspondencia proponía, como medida salvadora, dado lo crítico de la situación, adoptar la política de Juárez, sin Juárez.....

Hablando de los conservadores mexicanos en Europa, decía la *Nueva Era* “que no tener en cuenta la marcha del tiempo y de los progresos que trae consigo, que inmovilizarse en el papel de conservador era quedarse atrás y caer en la categoría de los retrógrados, cuya mayoría persistía en querer representar en la escena política un papel de otra época: que esto era lo que sucedía en Europa á cierto círculo mexicano que hacía cosa de diez años podía representar en ultramar la expresión de uno de los partidos del país, pero que en la actualidad no era otra cosa que el reflejo de rancias ideas: que los hombres aludidos, pretendían dar muestras de patriotismo, cuando sólo las daban de obstinación, ignorantes como lo están, proseguía, de las aspiraciones y de las verdaderas necesidades del México de hoy, lo ven y